

¿QUE ES UNA UNIVERSIDAD?

Dr. Roberto Murillo Z.

Para un país, tener una verdadera Universidad es un privilegio y un lujo. La Universidad, es como todas las cosas muy nobles, es, en cierto sentido, inútil. Medir el valor de una Universidad por su capacidad para fomentar el desarrollo de la comunidad o por sus logros democráticos, es confundir lo esencial con lo accidental. La Universidad no está en función de las necesidades socio-económicas de un pueblo. Ella revela, al contrario, hasta dónde un pueblo tiene la nobleza de superar sus inmediatas necesidades socio-económicas. Así como un individuo, incluso en la pobreza, tiene momentos de su vida entregados al cultivo y a la creación, apasionados, de la verdad y de la belleza, así también un pueblo, incluso en la modestia, consagra una parte de sus recursos a que algunos de sus integrantes, los que para ello tienen vocación y capacidad, dediquen su vida a la creación, por limitada que sea, de verdad y de belleza. Pero así como los mejores momentos de una vida alimentan y enaltecen todos sus otros momentos, los individuos creadores de alta cultura en un país son inevitablemente, por la naturaleza misma de la tarea creadora, fuentes de irradiación de esa cultura. Sin duda, desde el punto de vista de la subsistencia, la alta cultura es secundaria. Pero el hombre es un animal raro que no se contenta con subsistir. El hombre vive inquieto por hallarse a sí mismo, por encontrar, inventándolo, el sentido de su vida, y aprovecha el tiempo libre para dar sentido al tiempo afanoso. A través de su libertad el hombre transfigura su necesidad, individual y colectivamente. La Universidad es la más alta institución de libertad colectiva, y desde ella adquiere sentido el ir y venir, apremiante, de la vida cotidiana.

El fin fundamental de la Universidad es, por lo tanto, la creación y la recreación de alta cultura. La investigación y la meditación son formas de esa actividad. El profesor universitario da testimonio de ellas a través de sus publicaciones y de sus cursos, y no cabe decir que este testimonio es accidental respecto a la creación. La actividad del espíritu es, en uno u otro sentido, lenguaje. Sería muy raro que la creación espiritual no tuviera una urgencia comunicativa. Sería aun más raro que la comunicación universitaria persistiera en medio de la indiferencia frente a la verdad y a la belleza. Creación y docencia son inseparables, y es por la altura y unión de ellas que una universidad vale. De ellas, y no de accidentales procesos administrativos, debe hablar el anuario de la Universidad: de sus cursos sobresalientes, de sus revistas y de sus tesis, más que de los balances de caja chica.

Es evidente que la tarea universitaria, por su profundidad y finura, requiere un ambiente muy especial. No es una simple frase decir que la Universidad es un claustro. Ella es un internado donde se preservan e incrementan ciertos valores que, a un plazo más o menos largo, descenderían en forma

piramidal para orientar la cultura del país. Tiene razón el Lic. Alberto Di Mare al decir que la Universidad es una torre de marfil: sin un gran recogimiento y toma de distancia frente a la circunstancia apremiante, no hay ninguna esperanza de un salto creador de cultura. Pero ese salto creador es posible gracias a que hay una comunidad universitaria, una "universitas magistrorum atque scholarium", una convivencia de profesores y alumnos. Esta comunicación debe darse en el plano de una misma disciplina, como seminarios para estudiantes y como seminarios de cátedra entre los profesores. Pero debe darse también a nivel interdisciplinario, entre profesores y alumnos de muy distintas disciplinas. Para ello debe la Universidad tener un centro, no tanto administrativo, como académico. Este es el sentido de una Facultad Central interdisciplinaria, del Studium Generale y la de Biblioteca de la Universidad. Este es también el sentido de la reunión geográfica de las facultades en una Ciudad Universitaria, que debe contener además residencias estudiantiles y sitios para que se desarrolle la formación universitaria en toda su esencia, es decir, en libertad: círculos de estudios, revistas, cine-forum, etc. Es esta totalidad, esta atmósfera indivisible la que resulta verdaderamente educativa. La Universidad no se puede fragmentar sin dejar de ser tal para convertirse en diversidad y archipiélago.

El ambiente universitario tiene que ser estimulante y excepcional: en él, más que en ninguna otra parte, debe reinar un ocio creador y fecundo. Ocio es lo contrario de negocio: es la medida de la insatisfacción del hombre frente al orden de lo inventariado y negociable. De allí que la Universidad se parezca muy poco a la gestión de empresas. El mínimo de administración está subordinado y por entero al servicio del maximum de investigación y de docencia. Los resultados de la Universidad sólo son evidentes para quien pueda experimentar resultados no cuantitativos, para quien haya profundizado el concepto de experiencia.

Decíamos que la Biblioteca es centro de la Universidad. Una Universidad sin Biblioteca es peor que una Universidad sin Rector. A través de la Biblioteca es que los investigadores de la Universidad multiplican al infinito sus posibilidades creadoras, pues por libros y revistas salvan las distancias de tiempo y espacio que los separan de los creadores de otras épocas y latitudes. La Biblioteca debe crecer espacio y silencio para el trabajo de profesores y alumnos, para la concepción de trabajos internacionalmente apreciables y de tesis de doctorado.

Me parece que con lo dicho queda claro que la Universidad es una posibilidad entre muchas otras y que la vocación por el quehacer teórico universitario es una vocación muy particular. La Universidad no puede ni debe asumir la formación profesional de todos los bachilleros: no puede serlo to-

do, a riesgo de no ser nada. Pero un país necesita que también se actualicen las posibilidades no universitarias mediante otras instituciones de enseñanza superior. Un país necesita institutos tecnológicos. La Universidad descansa sobre el supuesto de que hay estas instituciones alternativas.

No tiene sentido hablar de Universidad para todos. Tiene razón la Lic. Carmen María de Hernández al distinguir entre la igualdad de oportunidades en el punto de partida (en un sistema de educación diversificada) y la pretendida igualdad de los resultados (promoción total en un sistema único y superficial). La Universidad debe ser muy exigente, y no puede graduar a todos los que en ella se matriculan con el solo derecho del bachillerato de secundaria. En vez de disminuir las exigencias para graduar en la Universidad a todos los candidatos, debe el país ofrecerles una multitud de alternativas. De lo contrario, unas y otras vocaciones se verán frustradas, y la Universidad se volverá mediocre: habría de crearse entonces, en su lugar, una verdadera Universidad —cosa que un país civilizado necesita—, con el resultado paradójico de que esta última, para crecer como debe, igualdad de oportunidades, tendría que ser estatal!

La única democratización admisible de la educación universitaria es la que define el profesor Georges Gusdorf en los siguientes términos: "El sentido de una verdadera democratización de la enseñanza superior no es proclamar que todos los jóvenes tienen indiferentemente capacidad y vocación de entrar en las Universidades, sino hacer de manera que todos los jóvenes que tienen capacidad real y vocación para los altos estudios puedan ir hasta el fin de sus posibilidades sin que ningún obstáculo material oponga a sus aspiraciones una negativa rotunda" (*L'Université en question*, p. 107).

¿Es Costa Rica un país digno de tener una Universidad en el verdadero sentido de la palabra, de esforzarse por alcanzar tan alto lugar? Creemos sinceramente que sí.